

Friedrich Katz

Esclarecedor de mitos

Eugenia Meyer

Autor de libros como La guerra secreta en México, De Díaz a Madero: orígenes y estallido de la Revolución Mexicana, y de una imprescindible obra sobre Pancho Villa, Friedrich Katz (1927-2010) es una figura fundamental de los estudios históricos sobre México. Eugenia Meyer va en busca de los posibles motivos que lo llevaron a convertir a nuestro país en el centro de sus investigaciones.

Hace unos años, Elie Wiesel, pensando en las razones por las que hay que recordar, reflexionaba: “¿Qué puede ser peor que el olvido? [...]. La vida de mi memoria es mi vida [...]. Recordar es lo que le permite al hombre afirmar que el tiempo deja huella y cicatrices sobre la superficie de la historia, y que todos los acontecimientos se encuentran concatenados unos a otros, al igual que los seres vivos. Sin la memoria nada es posible [...]. ¿Cómo hacer para que permanezca dentro de la historia y actúe sobre ella?”.¹

Agradezco la oportunidad de recordar, de recuperar de la memoria experiencias vividas y compartidas con mi siempre amigo y maestro Friedrich Katz. Para hacerlo, debo remontarme a un pasado ya distante, en que una serie de eventos me acercaron a él. En el entorno próximo familiar había escuchado de los primeros tiempos, casi heroicos, de los refugiados europeos, entre ellos, Egon Erwin Kirsch, Anna Seghers y de los Katz, del activismo político de Leo y Bronia. De la labor editorial de su padre en *Tribuna Israelita*, así como de ese primer y

conmover esfuerzo por historiar el holocausto en una obra *Totenjaeger* [*Cazadores de muertos*], publicada tanto en español como en yiddish, lengua que engrandecieron autores como Sholem Ash, Isaac Peretz y Sholem Alechem.

Cuando lo conocí, en los sesenta, surgió una amistad para toda la vida, basada en la extraordinaria fascinación que este hombre ejerció sobre mí, novel historiadora. No se trataba tan sólo de su apabullante conocimiento de la historia de México, como tampoco de su sólida formación teórico-metodológica. El asunto iba mucho más allá: el compás de su voz al expresar sus ideas, su generosidad permanente, su agudeza sobre ciertos temas y esa increíble capacidad para encontrar siempre en todo y en todos aspectos positivos. Más aún, su irresistible entusiasmo, las convicciones que lo llevaron siempre a defender vehementemente sus credos ideológicos, políticos y sociales.

Las largas caminatas por el campus de la Universidad de Texas, en Austin, las charlas permanentes en sus visitas a México, las experiencias de sobrevolar el estado de Chihuahua en una diminuta avioneta del ejército mexicano, fueron sustentando y dando raíces a la entraña-

¹ Elie Wiesel, prefacio a *¿Por qué recordar?*, Academia Universal de las Culturas, Granica, Barcelona, 1999, pp. 12-13.

ble amistad que me ligó a este hombre tan significativo para mí en lo personal y, sin duda, para la historiografía mexicanista contemporánea.

El siglo xx se ha caracterizado de muchas maneras. Hay quienes insisten en que fue una centuria corta; otros lo han definido como el tiempo de la destrucción y de los avances tecnológicos, y otros más como el siglo “de los que huyen”. Sea como fuera, hay que aceptar que individuos, grupos y poblaciones completas se ven obligados a emigrar. Algunos huyen de la persecución política, religiosa o étnica, o escapan de la miseria y buscan un lugar en donde mejorar sus condiciones de vida o al menos sobrevivir. Los emigrados se han tornado en símbolo de nuestra época y, por ello, puede afirmarse que recorren procesos dolorosos de expulsión, éxodo, exilio, asilo y refugio. Procesos que son consecuencia de conflictos sociales, problemas económicos, violencia indiscriminada, muerte de no combatientes que, finalmente, conllevan una profunda alteración de la vida diaria: la migración, el éxodo del país de origen, el asilo, la estancia temporal o permanente en otra nación, el exilio, el dolor de romper amarres y raíces para sentar otros y, a veces, recorrer el mismo camino a la inversa para volver al punto de partida.

Cuatro son los rasgos comunes a los exilios. El primero es que sobre quienes lo viven pesa la amenaza de la represión; ese peligro es inminente y representa gran riesgo de perder incluso la vida. Ello precipita la salida. El segundo es la causa de tal amenaza: condiciones po-

líticas que implican riesgo de persecución, tortura, exterminio e imposición del terror en la sociedad. El tercero es la decisión del exiliado de asumir la huida, aunque también, desde ese mismo momento, el propósito de volver, que permanecerá como un deseo, como un anhelo con su horizonte propio, que se convierte en motor y razón de existir durante el tiempo que se prolongue la expulsión.

Finalmente, la impresión de transitoriedad del destierro, que permite suponer o imaginar que todo es provisional y que el tiempo de volver está próximo. Se busca una estabilidad y, al mismo tiempo, en forma contradictoria, se desea retornar. No por azar el exilio estructura a personajes mitológicos, arquetipos de una cultura occidental.

Ulises, impedido de volver a Ítaca por la furia de Poseidón, el dios del mar, vivió los más inusitados sufrimientos y experiencias en tierras extranjeras hasta conseguir, veinte años después de la partida, el regreso tan deseado. Y éste, sin duda, fue siempre el caso de Friedrich Katz: siempre volvió, siempre estuvo y está con nosotros.

Le agradezco, como mexicana, su amor, su lealtad y su permanente reconocimiento a mi país que, como él siempre decía, les “salvó la vida a él y a su familia”. Friedrich tenía apenas trece años cuando llegó; sin duda las experiencias mexicanas lo marcarían de manera definitiva. Fueron pocos años pero profundamente significativos. En 1945 ingresó al Wagner College y tres



Friedrich Katz

años después obtuvo su primer título en ciencias sociales. Luego, al volver a Europa, y tras el intento fallido por vivir en Israel, la familia se estableció en Viena. El ambiente familiar, en que se discutía de política, hizo que el muchacho estuviera empapado en marxismo e historia. Así, en 1954, obtuvo su primer doctorado en la Universidad de Viena con una disertación sobre las relaciones socioeconómicas de los aztecas en los siglos XV y XVI. Dos años después fue a Berlín Oriental para obtener un segundo doctorado en 1962, ahora con una investigación sobre el imperialismo alemán en México.

Katz oyó desde niño las historias de terratenientes, comerciantes, aldeanos, artesanos; de las persecuciones y *pogroms* a los judíos; tuvo presente la herencia cultural de su abuelo Jacob, un judío ortodoxo, como también la sólida convicción comunista de sus padres. Sin embargo, cuando tuvo lugar la ocupación soviética a Checoslovaquia, su visión y su posición cambiaron: el hombre maduro y sensato que ya era Friedrich se alejó de ese mundo con el que ya no se identificaba y decidió, en 1970, emigrar con su familia a los Estados Unidos, primero a la Universidad de Texas en Austin y, desde 1971, a la de Chicago.

Hace apenas unos años, comentando con Friedrich la unificación alemana y la apertura de archivos, especialmente el de la Stasi, le pregunté si no tenía curiosi-

dad por buscar su propio expediente en esos acervos. Su respuesta me obligó, una vez más, a reconocer su generosidad y sentido humanitario: “No, dijo, porque no quiero encontrar ahora los nombres de delatores a los que yo siempre consideré mis amigos”.

En los años setenta, cuando Katz ya andaba de romance con la Revolución y con Pancho Villa —lo cual es de por sí un verdadero misterio tratándose de un personaje tan diametralmente distinto al propio profesor universitario—, una mañana, convertido en un inspector Poirot muy *sui generis*, llegó a mi pequeña oficina del Programa de Historia Oral, Archivo de la Palabra, en el Museo Nacional de Antropología, para sugerirme, en ese tono suave, gentil, tan suyo, que empezáramos a rescatar los testimonios de los viejos villistas. Con la misma generosidad que caracterizó todos sus actos, de inmediato aceptó asesorar un proyecto que habría de tornarse esencial para comprender esa otra revolución.

Desde entonces me hice una serie de preguntas para las cuales sólo en parte he encontrado respuestas: ¿Qué fascinación habrá encontrado el adolescente que llega a México y halla un primer interés por el historiar de los aztecas? ¿Cómo es posible que un hombre tan tranquilo y sereno, un profesor en el sentido pleno de la palabra haya asumido el desafío y el reto de desenmascarar los complejos intereses de alemanes, franceses, estadounidenses, convirtiendo todo ello en su propia guerra se-

Revolución y exilio en la historia de México

Del amor de un historiador a su patria adoptiva

HOMENAJE a FRIEDRICH KATZ



JAVIER GARCÍADIEGO y EMILIO KOURÍ
(COMPILADORES)

EL COLEGIO
DE MÉXICO



Ediciones
Era

raíces y razones FRIEDRICH KATZ Ensayos mexicanos



ALIANZA EDITORIAL

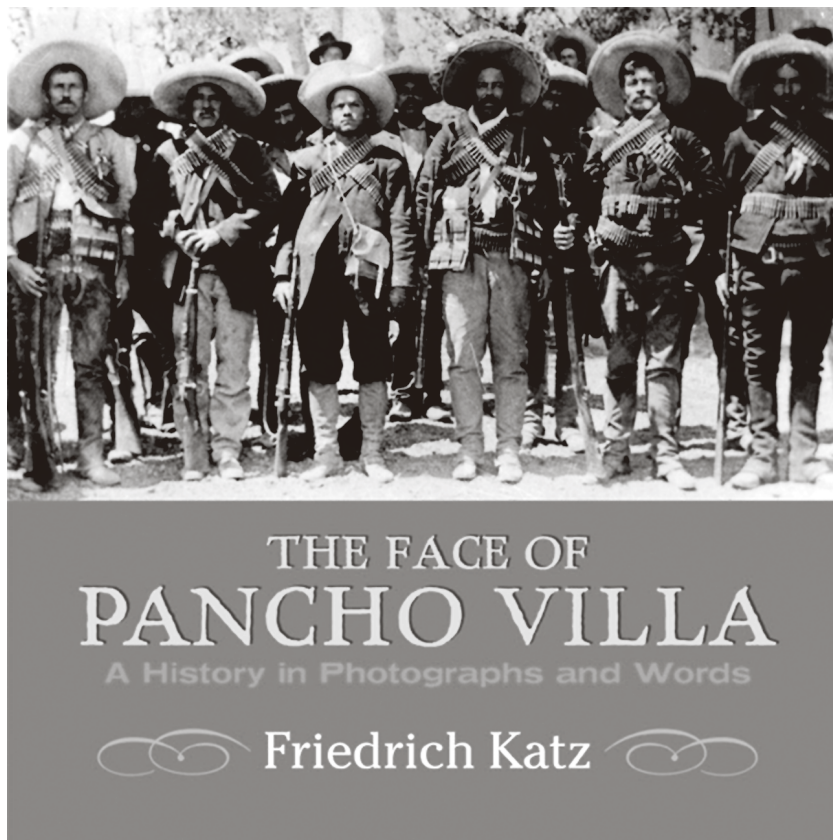
creta al escudriñar en archivos europeos, teniendo como arma fundamental el conocimiento de las varias lenguas necesarias, para culminar con una obra hoy clásica para los estudiosos del siglo xx? ¿Cómo es posible que este mismo hombre haya tenido el coraje de ir a contracorriente para comprender a Villa y acabar conquistado por el bandido bigotón, el bárbaro del norte, que pusiera en jaque a las fuerzas constitucionalistas, aquél que desafiara a la gran potencia y que, al mismo tiempo, contribuyera significativamente al triunfo de la Revolución Mexicana?

A lo largo de los años en ensayos, entrevistas, conferencias y, finalmente, en su libro monumental, por tamaño y contenido, *Pancho Villa* [*The life and times of Pancho Villa*], no soslayó, menos aún evadió los problemas inherentes a tal investigación. Se trataba entonces, se trata hoy, de hincarle el diente a una historia, a una leyenda, a un mito ciertamente complejos. Villa no dejó archivo o testimonio directo de su ideología, salvo el diario dictado a Trillo. Con todo, Katz pudo ofrecernos, a qué dudar, la otra cara de la Revolución en la reconstrucción biográfica de Pancho Villa, una especie de Robin Hood norteamericano, el quinto jinete del Apocalipsis, en un sólido y conmovedor retrato de Villa, el hombre.

He llegado a la conclusión, quizá más de *vulgata* psicológica que analítica, que el niño que Katz llevó siempre dentro nutría permanentemente sus necesidades lúdicas con su sutil y por demás original sentido del humor, con su desenfado para tratar y atacar temas tan escabrosos como los de espías o bandidos sociales.

Había en él, sin duda, una necesidad de ocuparse tanto de la parte oscura de la historia como de un permanente esfuerzo por comprender a los incomprensidos, a los sin historia; por asumir la complicidad justiciera y, más aún, por ser partícipe de una rebeldía permanente frente a la historia de bronce, la historia conveniente, oficialista si se quiere, que defendieron y defienden sin fin, cualquiera que sea el bando o partido al que representen los gobernantes de México. Estoy cierta que Katz tuvo un corazón enorme en donde su amor por México aparecía siempre en todos los espacios, en todos los recovecos. Esa querencia se explica sustancialmente en su comprensión de los campesinos mexicanos, del campo mexicano, de los avatares de sus vidas y lo complejo de su desarrollo. Sólo así puedo entender cómo logró encontrar, analizar y explicarnos las razones de un pueblo que se rebela, combate e imprime un sello más específico a la lucha revolucionaria, haciendo de ésta esencialmente una expresión de rebeldía de los desarraigados y los despojados, sin soslayar la injerencia permanente e impertinente de los Estados Unidos.

Queda claro que el historiador se inclinó siempre por temas mexicanos como los hombres del campo, la



propiedad de la tierra, las rebeliones campesinas e indígenas, las complejas relaciones con los Estados Unidos y, sin duda, las extrañas y penetrantes miradas o las intrigas y pasiones del imperialismo, fuese inglés, norteamericano o alemán, o incluso francés o japonés. Porque para Katz la Revolución fue una cuestión internacional y, como acertó a decirnos, en el suelo mexicano se libró una guerra civil fratricida, desgarradora, mientras que en el exterior se gestaba y desarrollaba la guerra secreta u oculta para adueñarse de posiciones, para sacar tajada y provecho de la primera gran revolución del siglo xx, la nuestra.

Reconoce, insiste y defiende desde muy temprano que la lucha revolucionaria no fue una sino múltiple, que tuvo características particulares en las diversas regiones, y por ende los caudillos que condujeron los varios movimientos propusieron cambios, reformas diversas, acordes con las condiciones de cada espacio geográfico y las características sociales de sus habitantes, sus necesidades y sus múltiples historias. Acepta, asimismo, que no hubo un sentir agrario generalizado y que los movimientos tuvieron situaciones diversas en sus alianzas y contradicciones con los hacendados nacionales y extranjeros.

Ya en 1962 había publicado un primer ensayo sobre "Alemania y Francisco Villa", que antecedió a su tesis doctoral en la Universidad de Berlín: *Deutschland, Díaz und die mexicanische revolution* [*Alemania, Díaz y la Revolución mexicana*]. Alguna vez, al ser entrevistado advirtió que Villa le había interesado:

Precisamente por las complicaciones que se presentaban ante su personalidad como su movimiento. Cuando me adentré más profundamente en el asunto, quedé fascinado por nuevas preguntas. ¿Cómo podía un peón semianalfabeta y un bandido como Pancho Villa conseguir la organización de un ejército de treinta mil hombres, administrar uno de los estados más vastos y evolucionados de México, como lo era Chihuahua, y obtener paralelamente una enorme popularidad en México y, al menos en los años de 1913-1914, un fuerte respeto en los vecinos Estados Unidos?

Llegaría luego a concluir que el villismo fue un movimiento único por muchos motivos en la historia de México y también único en la historia de América Latina. Las regiones de las cuales surgió —Chihuahua y Durango— eran zonas cuyos campesinos, en su mayoría reunidos en colonias militares, habían luchado contra las incursiones apaches por casi dos siglos. Eran campesinos privilegiados respecto de las poblaciones agrícolas del México central. Los campesinos del norte

habían obtenido un grado de autonomía desconocido fuera de sus regiones y, a causa de la gran disponibilidad de tierra, eran mucho más ricos que sus equivalentes del centro del país; la revolución de Villa fue esencialmente un intento de reconquistar la libertad y el bienestar. Por ello concluía que el Centauro del Norte seguía siendo un personaje controvertido, que aún hoy suscita polémicas, y no tuvo empacho en reconocer que la leyenda de vida había opacado al personaje y éste al movimiento que encabezó. Y, así, nos permitió incursionar en la vida y los tiempos de Pancho Villa.

En su largo cabalgar por la historia de México, Katz logró integrar una sólida tropa, qué digo, un verdadero ejército, una nueva División del Norte, con alumnos, amigos y colegas que por décadas descubrimos y compartimos con él archivos públicos y privados. Todos, sin excepción, participamos gozosos en la aventura katziana de conocer y entender a México.

Siempre estuvo allí, para todos, para mí en especial, en el momento y las circunstancias en que necesité su apoyo, sus consejos. Lo recuerdo invariablemente abrumado con notas y papeles en ese tan traído y llevado portafolios de piel gastada. En innumerables ocasiones asumí la función de Jana, su mujer, para arreglarle la corbata que a él le daba igual, así como las esquinas del cuello de su camisa, necias y rebeldes, que protestaban ante la rigidez del *comme il faut*, y brincaban hacia arriba o de plano, como él ni siquiera lo notaba, los botones que las sostenían y que estaban subsumidos en el cuello, eso sí, todo muy bien planchado y almidonado.

Katz, fue y sigue siendo permanente ejemplo de constancia, de valor, compromiso y congruencia con su propio deber ser. Fue sin duda un ser generoso hasta decir basta; extraordinario maestro y guía, más aún, amigo incondicional, hombre de bien o, como dijeran nuestros abuelos, un verdadero *mensch*: “persona íntegra y honorable”, alguien con “carácter, rectitud, sentido del deber”. A mayor abundamiento: *mensch*, que de acuerdo con el diccionario es una voz derivada del alemán y del yiddish, originalmente “persona” (hijo de Adán) pero que cobra el significado de persona responsable, con decoro. Una persona con características admirables, como son la fortaleza y la firmeza de propósito, que irradiaba una especie de decencia fundamental, ése es un *mensch*. O, si se me permite parafrasear al poeta inglés Rudyard Kipling, Friedrich Katz supo estar firme cuando en su derredor todo el mundo se ofuscaba y tachaba su entereza, porque fue, sin duda, un hombre cabal. **U**



Friedrich Katz

Texto leído en el Homenaje a Friedrich Katz, México, INEHRM, 16 de marzo de 2011.